

En defensa de la lectura

JORGE ELIECER RUIZ*

Hace casi un siglo, en una circunstancia similar a esta, el gran filántropo y humanista John Ruskin, confesó abiertamente que lo que más fatiga a los oyentes es el esfuerzo que deben hacer para seguir a un orador que no confiesa sus propósitos y que para evitar esta embarazosa situación lo mejor era quitarse la máscara y sentar abiertamente la tesis que se aspiraba a defender.

Yo lo voy a hacer con gusto, pues mi propósito es muy sencillo: vengo a defender ante ustedes la lectura, el vicio impune, como lo llamaba Valery Larbaud; arte también como prefiero yo llamarlo, sin pretender establecer una antítesis entre vicio y arte, ya que es bien sabido que ambos, el vicio y el arte, proceden de análogos desarreglos de la sensibilidad.

Muchos pensarán que resulta irrisorio, una empresa innecesaria y banal, defender la lectura en un país de académicos, cuya capital se apodó fastidiosamente la Atenas suramericana. Pero vayamos por partes: en primer lugar creo que es necesario hacer esta defensa ante los millones de analfabetos que nunca han podido saber qué es la lectura, para quienes un libro es un objeto sordo y mudo, que nunca podrá tener la maravillosa elocuencia de la radio o de la televisión. Y es que en verdad, puede resultar inexplicable que haya seres humanos que en la tediosa soledad de su cuarto se entreguen a mirar y remirar un objeto inexpresivo hecho de hojas

* Intelectual, Exministro. Ensayista. Crítico literario. Exrector universitario. Actual asesor cultural de la presidencia de la República. Miembro del Consejo Superior de la Universidad Central.

iguales y que cuando más se diferencian por unas cuantas láminas que copian la realidad o tratan de imitarla, cuando la realidad es mucho más elocuente que cualquier ficción!

Y es necesario también defender la lectura frente a aquellos que ven en la acción el camino de la trascendencia y de la salvación, la única forma de ganarle la batalla a la muerte y de tener un puesto en la historia, es decir en la eternidad. ¿Y es esto, acaso, una paradoja?

El caso más notable que conozco es el de Kipling, quien escribió libros ejemplares, pero que al parecer no confiaba mucho en la virtud de los libros. Veamos, en extenso, su poema sobre la vida de Tomlinson:

*"Cuando Tomlinson entregó su alma en su casa de
Berkeley Square,
Un espectro se acercó a su lecho en su casa de Berkeley
Square,
Un espectro lo agarró por los cabellos y los arrastró por
los montes
Hacia los espacios nebulosos en donde se derrama la Vía
Láctea
En donde, como un torrente, se derrama en el firma-
mento la Vía Láctea
Hasta la puerta de la muralla, en la que Pedro que la
guarda le dijo:
"Levántate, Tomlinson, levántate y responde claro y
alto:
¿Qué has hecho por los hombres hasta la hora de tu
muerte,
Dí, qué has hecho por los hombres en tu diminuto
planeta?
Y el alma desnuda de Tomlinson, pálida como un hueso
mondo, tiembla".
"¡Oh, dice, yo he leído esto y me han enseñado aquello
Y he pensado también en lo de más allá, que ya había
pensado antes otro. . . !"
El vuelo flotante de los santos espíritus se alinea como
una cohorte
Y Pedro blande en el aire las llaves de la terrible puerta.
"¿Qué has leído, que has oído. . . ? ¡Pero tu página está
aún en blanco!*

*Por tu cuerpo y por tus virtudes, contesta y dime:
¿Dónde están los actos?"*

*La muralla se levanta ante él y las sombras le cercan.
Y Tomlinson mira de soslayo la noche y las tinieblas
le circundan.*

*"Oh, dice, de esto sé tal cosa; de aquello otro he oído
decir*

*Que un hombre había escrito, basándose en otro hom-
bre de otro Imperio. . . "*

*"¿Qué tú sabes, que tú has visto. . . ? ¡Diantre, estás
obstruyendo la Santa Puerta!*

Para un inútil como tú no hay lugar en los Cielos"

*En ellos sólo podemos penetrar por nuestro esfuerzo
Y las magnificencias del Paraíso no se concederán a
ningún otro.*

*¡Lárgate, a los infiernos en los que Satán está acechán-
dote.*

*Y. . . El Credo de Berkeley Square te salve,
Tomlinson".*

Tomlinson se ve obligado a errar de astro en astro hasta llegar al infierno en el que al menos espera entrar, pero el demonio no piensa lo mismo; hasta para entrar en su reino hace falta haber obrado; sin obras, el hombre no existe.

*"El terror de los espacios vacíos inunda un alma
sin cobijo*

Y Tomlinson ve, turbado, las tinieblas exteriores. . .

*"¡Oh, dice yo pensé esto. . . ; yo oí decir aquello otro
Que un noble y gran señor francés escribió en Bélgica...!*

*¿Qué has aprendido, qué te han contado. . . ? ¡Pero tu
página está aún intacta!*

*Por tu cuerpo y por tus pecados, responde y dime:
¿dónde están tus actos?"*

*El hombre se aferra a un barroto y gime: "Yo soy de los
vuestros*

*Puesto que yo he cometido el pecado de la carne con la
mujer de otro. . . "*

*El demonio aviva la llama, sonrío con zumba y exclama
en medio de la noche:*

*"¿Has leído, acaso, eso en un libro?" Y Tomlinson,
contesta: "Sí".*

*El diablo entonces arroja a Tomlinson al vacío y le grita
"Que el Dios del libro impreso te salve, Tomlinson".*

Y por qué no defender también la lectura de los políticos, aquellos seres excepcionales, impacientes, que aspiran a cosechar antes de haber sembrado, o, más milagrosamente, a cosechar bonanzas donde sembraron tempestades. Feuerbach, en una de las épocas más interesantes de la historia —y ya sabemos cuán calamitoso es vivir en una época interesante— repugnó los libros, la lectura, la sabiduría, con razonamientos que entre nosotros muchos hubieran querido conocer antes para justificar su situación:

“Vivimos en un tiempo, dijo entonces, en que cada uno, por mucho que en su imaginación se considere el menos partidario, es un hombre de partido incluso contra su saber y voluntad, aunque sea sólo teóricamente. . . , en que el interés político absorbe todos los demás intereses. . . , en que es incluso un deber —hablo de nosotros, alemanes apolíticos— olvidar todo sobre la política; pues como el individuo nada alcanza ni logra si no tiene la fuerza de dedicarse exclusivamente durante algún tiempo a lo que quiere lograr, también la humanidad tiene que olvidar en ciertas épocas todas las tareas por una sola si es que quiere realizar algo efectivo, completo (consumando). La religión. . . ciertamente está contactada en lo más íntimo con la política. Pero nuestro interés principal no es en la actualidad la política teórica, sino la práctica. Queremos tomar parte en la política de modo inmediato, actuando; nos faltan el reposo, el sentido, las ganas de leer y escribir, de enseñar y aprender. Nos hemos ocupado ya durante bastante tiempo con el discurso y con la escritura y nos hemos satisfecho con ello. . . ; estamos hartos del idealismo político, como lo estamos del filosófico; vamos a ser ahora materialistas políticos”.

Y por último una carga de profundidad, que viene no del enemigo sino del amigo. Nietzsche, que tan bellos libros escribió, nos viene así contra los libros:

“El hombre del porvenir; excéntrico, caluroso, infatigable, artista, enemigo de los libros. Yo quisiera arrojar de mi estado ideal a los hombres que se proclaman “cultivados” como Platón a los poetas: este es mi terrorismo!”.

Pero ustedes dirán: hermosa defensa de la lectura y de los libros las que nos ha hecho, trayendo a cuento estas citas tan corrosivas de las cuales será difícil desembarazarse. . .

Ciertamente! Mi situación es difícil, pero creo que ésta es la situación del lector. No va con el lector la facilidad; por eso quise primero amontonar los argumentos contrarios para que mejor brillen las razones que favorecen mi tesis que, espero, que confío, sea la tesis de ustedes: la lectura es la más hermosa de las posibilidades, frente a un mundo de realidades sin piedad. Cuando el tedio nos corroe y, sin haber tenido ni remotamente los tesoros de Salomón, sentimos que no hay nada nuevo bajo el sol, entonces un buen libro nos abre mundos diferentes, en donde el sol no es el planeta rey, sino una entre las muchas luminarias de la imaginación, un astro que no alumbrá hombres comunes, percederos como nosotros, sino seres eternos para quienes no existe ni la corrupción ni la podredumbre.

Eternos como aquellos Paolo y Francesa, cuyo amor nació de las miradas que van del libro a la sonrisa, en un contrapunto de éxtasis y perdición. Dante nos lo cuenta:

*Y ella me dijo: "No hay dolor mayor
que recordar el tiempo de la dicha
en desgracia; y lo sabe tu doctor.
Pero si de este amor y esta desdicha
conocer quieres la raíz primera,
con palabras y llanto será dicha.
Cómo herido de amor Lancelot fuera,
por deleite, leíamos un día:
soledad sin sospechas la nuestra era.
Palidecimos, y nos suspendía
nuestra lectura, a veces, la mirada;
y un pasaje, por fin, nos vencería.
Al leer que la risa deseada
besada fue por el fogoso amante,
éste, de quien jamás seré apartada,
la boca me besó todo anhelante.
Galeoto fue el libro y quien lo hiciera:
no leímos ya más desde ese instante".
Mientras un alma hablaba, la otra era
presa del llanto; entonces, apiadado,
lo mismo me sentí que si muriera;
y caí como cuerpo inanimado.*

La lectura encendió el fuego que no se apaga, la sed que no se sacia. La lectura alentó el amor que de otra manera hubiera quedado inédito, en el limbo de las posibilidades desconocidas.

Después de Dante y antes de la imprenta, el primer poeta moderno, Petrarca, nos dejó el testimonio de su pasión por el libro en página que aún no ha sido superada y que alguien recordó con autoridad, días pasados.

Oigámosle:

“Compañeros bienvenidos, asiduos siempre dispuestos a aparecer en público o a regresar a sus cajas tan pronto se lo mandéis, siempre listos para hablar o para guardar silencio, para quedarse en casa o hacer una visita a los bosques, a viajar o a permanecer en el país, para charlar, bromear, para alentarlos, consolarlos, aconsejarlos, reprenderlos y tener cuidado de vosotros; para enseñarnos los secretos del mundo, la historia de los grandes hechos pasados, las reglas de la vida y el precio de la muerte, la templanza de la fortuna, la fortaleza en la enfermedad, la calma y la tranquilidad en la conducta. Son compañeros eruditos, alegres, útiles y bien hablados, que nunca os causarán tedio, nunca os ocasionarán gastos, nunca os traerán llanto, celos ni murmuraciones o engaño”.

Y dos siglos más tarde otro italiano, Maquiavelo, nos vuelve a hablar, con elocuencia, con pesadumbre, con ternura, de los libros. En una famosa carta a Francesco Vettori, su amigo de la desgracia, le cuenta de su vida retirada, anónima, que transcurre entre los bosques y su biblioteca.

Oigamos su confidencia:

“Después de la visita a mis bosques voy al manantial y del manantial a una arboleda llena de pájaros que poseo. Llevo un libro bajo mi capa, sea Dante o Petrarca o uno de los poetas menores, por ejemplo Tibulo u Ovidio. Leo el relato de sus pasiones y de sus amores, y pienso en los míos, demorándome junto al manantial bastante tiempo con esas preocupaciones. Luego tomo el camino de la posada, conversando con la gente que encuentro,

preguntando noticias de sus ciudades y oyendo toda la clase de historias que arrojan luz sobre los diversos gustos y caprichos de los hombres

.....

Al llegar la noche vuelvo a casa y voy a mi estudio, sacudo en la puerta los vestidos sucios y llenos de polvo que he llevado durante todo el día y me visto con elegancia, poniéndome los indumentos regios con los que puedo entrar adecuadamente en los recintos señoriales de los hombres de edad. Allí están, dándome afectuosamente la bienvenida y con ellos participo de esa comida que es la única que puedo llamar mía y para la cual he nacido. Tengo la desvergüenza de encararme con ellos y de preguntarles las razones que han tenido para hacer las cosas que han hecho. Son almas bondadosas y por lo general responden. Así, durante cuatro horas estoy libre de toda molestia, olvidando todas mis preocupaciones, dominando mi temor a la pobreza y mi horror a la muerte. Me absorbo completamente en esas cosas“.

Vengamos ahora a la España del Siglo de Oro, y oigamos como Cervantes habla del más famoso caballero andante de que guarden memoria los textos de la caballería:

“En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y de mucho leer se le secó el cerebro de manera, que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como dependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el caballero de la Ardiente Espada. Que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria

de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generación gigantesca, que todos son soberbios y descomedidos, él sólo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reynaldos de Montalbán y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía, y aún a su sobrina de añadidura”.

Todos ustedes conocen la maravillosa historia, todos saben de esta pasión, que fue la de hacerse caballero andante y emular a los Amadises y a los lisuartes. Tal fue el empeño que mostró en ello que muchos sostienen que la forma altísima y desahorada como ejerció sus empresas determinó que no sólo la caballería sino las obras en que se enmarcan sus hechos, decayeran y desde entonces no hubo más caballeros ni más novelas de caballería. La obra más grande de la literatura española sería, pues, para ellos, una broma, una parodia y su objetivo acabar con un género que tantos estragos había hecho en las mentes más privilegiadas de su tiempo. Yo por mi parte, pienso que la obra tiene un alcance más general que es retratar la vida, como si dijéramos, subcutáneamente, mirando lo que pasa debajo de la epidermis, esa delgada película que todo ocultamos con mil afeites y vanidades. Y esto hecho sin ninguna ideología, antes bien extremando los cortes, lo que los cinematografistas llaman cortes, y reduciendo las uniones discursivas del autor a lo mínimo, para que sean los personajes los que hablen con sus acciones, o con sus discursos, que como sucede en la realidad política —de hoy y de siempre— son la antítesis de sus acciones, finas o burdas películas de piel afeitada y compuesta, para ocultar la realidad de la dermis grasa y sanguinolenta.

Me he referido a este contraste entre realidad y discurso para mostrar cómo la tensión interna es lo que da esa vida superior a la obra y que es también la tensión entre imaginación e ingenuidad, entre fantasía y realidad lo que hace que la literatura y la vida sean dos esferas polares, dialécticas, que mantienen el dramatismo de una existencia que de otra manera poco interés tendría para quienes debemos padecerla.

Es a través de la fantasía, de la fantasía de los libros, como ama

don Quijote y como conduce sus aventuras. Su deseo es triangular: siempre existe un mediador entre él y la culminación de su deseo. René Girard ha hecho minuciosamente, sutilmente la anatomía de estas astucias de la pasión y a su libro me remito: "*Mentira Romántica y Verdad Novelesca*" es una de esas obras que restablecen la fe primigenia en la ensoñación, en la capacidad del hombre para crear mundos mejores que el mejor de los mundos, mundos imaginarios que establecen un orden diferente, un cosmos en el que impera eros sobre los lívidos cortejos de thanatos.

Pero ahora que me he referido a la obra que seguramente ha movilizadado en mayor medida la fantasía y la sensibilidad de la humanidad —bastaría, para comprobarlo, ojear el hermoso libro de Juan Gibanel Mas y Gaziel, "*Historia Gráfica de Cervantes y del Quijote*"—, es bueno que mencione cuáles fueron las lecturas de los conquistadores, de esos hombres rudos y apasionados por la gloria y el oro y que nadie creería inclinados a academias y ensoñaciones librescas.

Irving A. Leonard, en su apasionante obra, "*Los libros del Conquistador*", no cuenta como esos valerosos sin medida tomaban aliento para sus hazañas en las novelas de caballería, en Amadis, en "*Tirant lo Blanc*", en las "*Sergas de Espladian*".

Al igual que las cintas cinematográficas de hoy día, esta literatura ejerció una profunda influencia en la conducta, la moral y el pensamiento de la sociedad de su tiempo, y propició la aceptación de valores diferentes y de actitudes heterodoxas con respecto a la realidad. Facilitó además un escape agradable de la dura monotonía de una existencia primitiva, y puso algún color en la vida gris de lectores, que a pesar de la denuncia de los moralistas contra aquellas "historias mentirosas", continuaron hallando en ellas retratos auténticos de la vida, de los que adquirieron no solo modalidades de conducta e ideas sobre una realidad más amplia, sino una incitación para sus hazañas.

Leonard nos enseña cómo el mito de las amazonas revivió en la *Sergas* y en el *Lisuarte* y cómo de esos libros tomaron inspiración conquistadores y aventureros para sus increíbles expediciones a las tierras de California —los dominios de la reina Calafia, según nos cuenta García-Ordóñez de Montalvo— o a las no menos maravillosas de El Dorado o de las Amazonas, que terminaron por dar nom-

bres a tierras muy reales, asientos de imperios legendarios o dominios del Jacaré y del Jaguar.

Y Pigafetta, a quien tanta fama diera García Márquez, dice en su fabuloso y verídico relato: "El año de 1519 estaba yo en España con Monseñor Chiericato. Por los libros que yo había leído y por las conversaciones que tuve con los sabios que frecuentaban la casa del prelado supe que navegando por el océano se veían cosas maravillosas y me determiné a asegurarme por mis propios ojos de la veracidad de todo lo que se contaba".

Leonard, don Alfonso Reyes, O'Gorman, desentrañaban el sueño americano en los más egregios textos desde Platón y Séneca hasta Alberto Magno y Roger Bacon, y nos enseñan cómo cosmógrafos y navegantes iluminaron su camino con las antorchas de poetas y filósofos.

Historiando esta inverosímil aventura don Alfonso señala como los viajeros parecían moverse bajo las instrucciones expresas de los humanistas.

"La acción —dice el mexicano universal— se había puesto al servicio de la inteligencia en el más profundo y armonioso sentido. Soñando con descubrir las bienamadas islas utópicas, aquellos hombres iban realizando de paso una maravillosa utopía, a la que hoy volvemos los ojos con arrobamiento. Ya se comprende que en el oficio de cartógrafo también se dejaba sentir la influencia humanística. En la carta náutica de Becaria (1435), figuran al sudoeste de Irlanda, la famosa isla del "Brasil" y una cierta "Antilia" —isla puesta delante— que puede ser una de las Azores".

¿No resulta esto en extremo maravilloso? La quimera engendrando la realidad; los sueños de la fantasía encarnándose en continentes a los que era apenas justo dar el nombre que los había suscitado!

Y otro americano, el memorioso Borges, dijo, cuando estaba perdiendo la visita, como decimos en el campo: "Poco a poco fui comprendiendo la extraña ironía de los hechos. Yo siempre me había imaginado el paraíso bajo la especie de una biblioteca. Otras personas piensan en un jardín, otras pueden pensar en un palacio. Ahí estoy yo. Era, de algún modo, el centro de novecientos mil

volúmenes en diversos idiomas. Comprobé que apenas podía descifrar las carátulas y los lomos. Entonces escribí el "Poema de los dones", que empieza:

*Nadie rebaje a lágrima o reproche
Esta declaración de la maestría
De Dios, que con magnífica ironía,
Me dió a la vez los libros y la noche*

Y ya que hemos llegado a América, recordemos que Emerson dijo que los libros son la universidad de nuestros días —de los días de la era clásica de la literatura norteamericana— y que las bibliotecas son como gabinetes mágicos en donde hay muchos espíritus hechizados. Estos espíritus, recordaba Borges, despiertan cuando los llamamos; mientras no abrimos un libro, ese libro literalmente no existe ya que es solamente un objeto, un volumen en el sentido geométrico de la palabra, una cosa entre las cosas. Sólo cuando lo abrimos, nos advierte Borges, ocurre el hecho estético.

Cuántos lectores, miles de lectores, que han dejado en sus escritos momentos de su pasión, un tributo a esa libido incontenible que les ha multiplicado la realidad de la misma forma que lo hacen los sueños, o que ha sustituido la realidad real por otra más maravillosa en la que los afectos y las frustraciones son tan perfectos y acabados que ya no causan dolor ni desengaños. Tal como sucede al héroe de Proust a quien la madre cura de sus congojas infantiles leyéndole las historias campesinas de George Sand.

Lectores que han leído todos los libros —"La chair est triste, hélas. . . et j'ai lu tous les livres"— como Mallarme, o que los han quemado todos en un apocalíptico esfuerzo por escapar a una realidad superior, como ese profesor Kien, de Elias Canetti, que realizó un auto de fé más radical que el del cura y el barbero, pero premonitorio de las terribles ordalías de la Alemania hitleriana.

Lectores en las más terribles y absurdas posiciones o en los sitios más arbitrarios e inesperados, como los sorprende André Kertész, con su ojo mágico, en su precioso "On Reading", que un día regalé a mis hijos y que los contaminó para siempre de la incurable peste o pasión de la lectura.

La lectura supera en riqueza a la amistad, nos dice Ruskin en la conferencia a que me referí al comienzo de esta charla. Los escondi-

dos tesoros ocultos en los libros son superiores a los tesoros de los reyes, y la paciencia con que nos aguardan es inagotable. Oigamos con atención al sabio humanista.

“Pero concediendo que tengamos a la vez la voluntad y la inteligencia necesarias para elegir bien nuestros amigos, ¡qué pocos de nosotros podemos hacerlo!, o, al menos, ¡cuán limitada, para los más, la esfera de la elección! Casi todas nuestras relaciones están determinadas por la casualidad o la necesidad, y restringidas a un círculo estrecho. No podemos conocer a quienes queremos; y aquellos a quienes conocemos, no podemos tenerlos a nuestro lado cuando más lo necesitamos. Los círculos más altos de la inteligencia humana se abren a los que están debajo sólo momentánea y parcialmente. Podremos, si tenemos suerte, llegar a ver un gran poeta, y oír el sonido de su voz; o hacer una pregunta a un hombre de ciencia y ser contestados amablemente. Podremos atrapar por diez minutos la conversación de un ministro, que nos contestará probablemente con palabras peores que el silencio, por lo embaucadoras; o alcanzar, una o dos veces en nuestra vida, el privilegio de arrojar un ramo de flores al paso de una princesa, o atraer la mirada benévola de una reina. Y, sin embargo, codiciamos estas probabilidades momentáneas; y gastamos nuestros sueños, y nuestras pasiones, y nuestras facultades persiguiendo poco más que esto; mientras, en cambio, existe una sociedad, continuamente accesible, de gentes que quieren hablar con nosotros todo el tiempo que deseemos, cualquiera que sea nuestra jerarquía u ocupación: hablarnos con las palabras más escogidas de que son capaces y agradeciéndonos que les escuchemos. Y esta sociedad, por ser tan numerosa y tan amable, y porque podemos hacerla esperar en torno nuestro durante todo un día, no para conceder audiencia, sino para obtenerla: reyes y estadistas aguardando pacientemente en esas antecámaras angostas y sencillamente amuebladas que son los estantes de nuestras bibliotecas: esta sociedad nos tiene sin cuidado, y en ocasiones hasta nos pasamos el día entero sin oír una sola palabra de las muchas que podrían decirnos”.

Pero estas riquezas no se pueden gozar sin el más obstinado rigor,

sin la más paciente consagración. El mismo nos lo dice en una metáfora que yo llamo la metáfora del lector y que puede ser también la metáfora del minero:

"Y pasa precisamente lo mismo con la mejor sabiduría de los hombres. Cuando os dirigís a un buen libro, debéis preguntaros: "¿Estoy dispuesto a trabajar como un minero australiano? ¿Están mis picos y azadones en buen orden, y estoy yo mismo en la disposición debida, con las mangas remangadas hasta el codo, y el aliento y el ánimo que corresponden?" Y, elevando un poco más allá la metáfora, aun a riesgo de hacerme enojoso (¡qué le vamos a hacer!, después de todo la metáfora es útil y adecuada), si el metal que buscáis es la significación o el espíritu del autor, sus palabras son como la roca que tenéis que romper y fundir con el fin de obtenerlo. Y vuestras azadas son vuestro cuidado y vuestro ingenio; el horno de fundición, vuestra propia alma pensante. No esperéis penetrar el sentido de ningún buen autor sin estas herramientas y este fuego; con frecuencia, necesitaréis los más agudos y finos instrumentos, y la fusión más paciente, antes de poder conseguir un solo gramo de metal".

Espero que las autoridades que he convocado para defender la lectura, sin ánimo erudito y, antes por el contrario, con la secreta esperanza de que todas sean conocidas y apreciadas, hayan logrado convencerlos de los incomparables placeres que procura la lectura. Placeres tan recatados y seguros que por nadie pueden ser disputados y que sólo el grosero puede turbar, pero no impedir.

Pero, se me dirá, la lectura solamente proporciona placeres secretos, de esos dados a los indolentes y desocupados?. Yo contestaré que eso es ya bastante y que nos pudiéramos dar por bien servidos, en una época en que los placeres suelen ser enervantes y agotadores y las llamadas diversiones son formas subsidiarias del tedio y del aburrimiento, con disfrutar de la novedad de mundos imaginarios o del rigor de razonamientos sutiles o de las noticias de países que no hemos visto, de épocas en que no hemos vivido...

Todo esto nos lo proporciona la lectura. Pero nos proporciona

también conocimiento. Es, en cierta forma la memoria de la especie humana, lo que reemplaza al instinto y permite edificar el progreso y consolidar la lectura.

Y es la lectura también una forma de orientación en el mundo que nos libra de repetir la historia, porque nos advierte de los errores o de los aciertos de nuestros antecesores y nos impide disfrutarlos o padecerlos; como ustedes quieran.

Y, en fin, la lectura sirve para algo muy importante: comunica cierto halo de inteligencia a la idiotez.

HUMBERTO SERNA GÓMEZ

Exposición

La primera parte de las consideraciones que a continuación presentamos es una reflexión teórica sobre el concepto de calidad y las diferentes formas de abordar el problema.

A partir de esta reflexión, en la segunda parte nos planteamos una serie de interrogantes sobre qué debe considerarse "calidad de la educación" y nos orientamos sobre la educación que debe tener el estudiante en la actualidad y la excelencia que debe tener.

El primer punto al que nos referimos en esta parte es el lugar que ocupa la calidad en la sociedad y de la excelencia en la sociedad. De allí que se habla de una sociedad en continuo proceso de aprendizaje, una sociedad que genera oportunidades donde se aprende en el salón de clase, en el teatro en la calle y en la interacción con los demás. Una sociedad donde todos participan y debemos buscar el cambio y la innovación y en donde los conceptos de "acto", "espacio" y "tiempo" adquieren un significado totalmente diferente. Sin embargo, se

El texto de "Exposición" fue publicado en la revista "Educación Superior", 1982, número 1, páginas 307-312.